

BASTA con leer dos libros, La política exterior británica, de Sir Edward Grigg, y La política internacional norteamericana, de Walter Lippman, para darse cuenta de que los ingleses tienen una política internacional de fácil canalización de los acontecimientos, desde los tiempos de Gladstone y de Disraeli, y de que los norteamericanos no han tenido una política internacional específica hasta ahora, no habiendo en ella más que dos cuerdas: la del aislacionismo y la del intervencionismo. Este es el rudimentario instrumento de la política internacional norteamericana, al que solamente los años irán poniendo más cuerdas.

Sin embargo, por circunstancias históricas, de todos conocidas, los Estados Unidos se han visto erigidos en uno de los árbitros de la política internacional. El primer paso (en falso) hacia esa preeminente posición, lo dió Wilson. Fué desautorizado por el Congreso. El segundo paso, esta vez decisivo, lo dió Franklin Delano Roosevelt, como consecuencia de la segunda guerra mundial. ¿Estaba preparado este hombre para contraer las responsabilidades que contraigo y para tomar las decisiones que tomó? A estas preguntas se han dado muchas respuestas; en torno a ellas se han suscitado muchas polémicas. Hay el bando rooseveltiano y el bando antirooseveltiano. Nosotros, para responder a esas preguntas, nos ceñiremos a los acontecimientos que han sancionado su obra, especialmente los capítulos que se refieren a sus relaciones con Rusia.

Roosevelt no conocía bien a Rusia ni a los bolcheviques rusos. Sus ideas sobre ellos eran las del americano medio. Nunca identificó totalmente a la U. R. S. S. con el comunismo y sus planes internacionales. No conocía literatura comunista. Harry Hopkins regresó de Moscú, de vuelta de sus misiones presidenciales, con las manos vacías. En cambio, Bedell Smith, en uno de sus viajes a Washington, le trajo a Truman «Los principios del leninismo», de Stalin. Tampoco Roosevelt tuvo la ocurrencia de pedir, como Truman al almirante Ellis M. Zacharias, un informe sobre el pensamiento político y el carácter de Stalin.

Roosevelt «trabajó» con los rusos a ciegas, fiándose de las meras apariencias. En el Departamento de Estado disponía de hombres muy enterados en cuestiones rusas, como Kennan, pero utilizó muy poco sus servicios. En general, no le gustaban los diplomáticos y creyó que bastaba la lealtad y la inteligencia de Harry Hopkins, su «eminencia gris», para llevar adelante su política internacional. Naturalmente, se equivocó. Se engañó y le engañaron. Además, Roosevelt apuró hasta el máximo sus casi ilimitadas atribuciones presidenciales y obró casi siempre de una manera muy personal, improvisando sobre la marcha. Se daba perfecta cuenta de los intereses que andaban en juego, pero los subestimaba. Las consecuencias de su ligereza han sido de una enorme gravedad y sus errores los está pagando ahora el mundo entero, en mayor cuantía que nadie los americanos.

1

LA CARTA ZABROUSKY

ROOSEVELT no disponía de una falsilla, como Churchill o Stalin, para hacer una política internacional, de estilo norteamericano. Su única cuerda, como decíamos más arriba, fué el intervencionismo. Es dudoso, pues, que nuestro hombre tuviese, por lo menos en la cabeza, un verdadero plan de reajuste mundial, de reparto de hegemonías y de esferas de influencias para cuando terminase la guerra.

Sin embargo, existe un documento por el que podría colegirse que Roosevelt había pensado en este plan. Nos referimos a una carta dirigida a Zabrowsky, fechada en la Casa Blanca el 20 de febrero de 1943 (fecha muy significativa), y que llegó a poder del Generalísimo Franco. Esta carta, fué publicada íntegramente en el libro del diplomático español José María Doussinague *España tenta razón* y de ella extractamos lo siguiente: «...Así, el continente americano quedará fuera de toda influencia soviética y bajo exclusiva de los Estados Unidos... Aparte concederse a la U. R. S. S. la salida al Mediterráneo, cederíamos respecto a sus deseos en Finlandia y en el Báltico en general y exigiríamos a Polonia una sensata actitud de comprensión y arreglo, quedando amplio campo de expansión, además, a Stalin, en los inconscientes pequeños países del Este europeo, habida cuenta, empero, de los derechos de la fidelidad yugoslava y checoslovaca, aparte de la recuperación total de los territorios que temporalmente le han sido arrebatados a la Gran Rusia...

Tal vez Roosevelt no haya sido sincero en esta carta. Tal vez lo único que se propuso, al escribirla, fué estimular a la Unión Soviética con tan espléndido botín. Pero, sea como quiera, todo lo que ha seguido desde Yalta hasta nuestros días, no es más que una exacta y puntual confirmación de lo expresado en la carta a Zabrowsky, que llenó de consternación al Palacio de Santa Cruz. Si ese era el Plan de Roosevelt, sobre el que insistió más tarde en Teherán y Yalta, no puede decirse, ciertamente, que su obra haya dejado de realizarse, como pretende su hijo Elliot en su libro *As he saw it* («Como lo vió él»). De este plan se deduciría que Roosevelt no pensaba, para la postguerra, en un mundo, en un solo mundo, como su rival Wendell Willkie, sino en dos mundos, uno girando en la órbita de Moscú y otro en la órbita de Washington. Semejante *Weltbild* postbélico, acusaría también su ignorancia de los planes soviéticos, que comprenden un solo mundo... pero exclusivamente comunista.

2

EL ANTICOLONIALISMO

ROOSEVELT, como casi todos los americanos, aborrecía la política colonial de las grandes potencias europeas. Sentía, por llamarlo de alguna manera, el «complejo de Tom Paine». Uno de sus planes, para la postguerra, era terminar con las colonias. Este propósito lo repetía constantemente. Ya a bordo del «Augusta», cuando la Conferencia del Atlántico, dijo: «Norteamérica no prestará ayuda a Inglaterra en esta guerra tan sólo para que continúe ejerci-

LOS ERRORES DE ROOSEVELT



Los «grandes» fueron casi siempre tres, quizá porque Francia quedaba en mediana, al menos en las sonadas entrevistas históricas o en la «pose» para la posteridad. He aquí el recuerdo de cuatro conferencias en las que se iniciaron y fraguaron los errores fundamentales para el futuro, para esta postguerra atormentada. Conferencias de El Cairo, con Chang-Kai-Shek, Roosevelt, Churchill y señora del generalísimo chino; Teherán, con Stalin, Roosevelt y Churchill, y a sus espaldas, Molotov y Eden; Yalta, con Churchill, Roosevelt y Stalin, con Eden, Stettinius y Molotov, y Postdam, con Atee, Truman, Stalin y los respectivos ministros de Asuntos Exteriores: Bevin, Byrnes y Molotov. «La culminación de todas las concesiones de Roosevelt a la U. R. S. S., ciegamente confiado en Stalin, fué la conferencia de Yalta». En Postdam, Truman no tuvo tiempo a dar la marcha atrás. ¡Buena herencia le había dejado F. D. R!

tando su dureza con los pueblos coloniales». Durante la conferencia de Casablanca y más tarde en El Cairo, insistió en que los Estados Unidos no permitirían por más tiempo la esclavitud de los pueblos colonizados. Y cuando se entrevistó con la reina Guillermina de Holanda, le insinuó igualmente, que fuese pensando en devolverles la independencia a los indonesios...

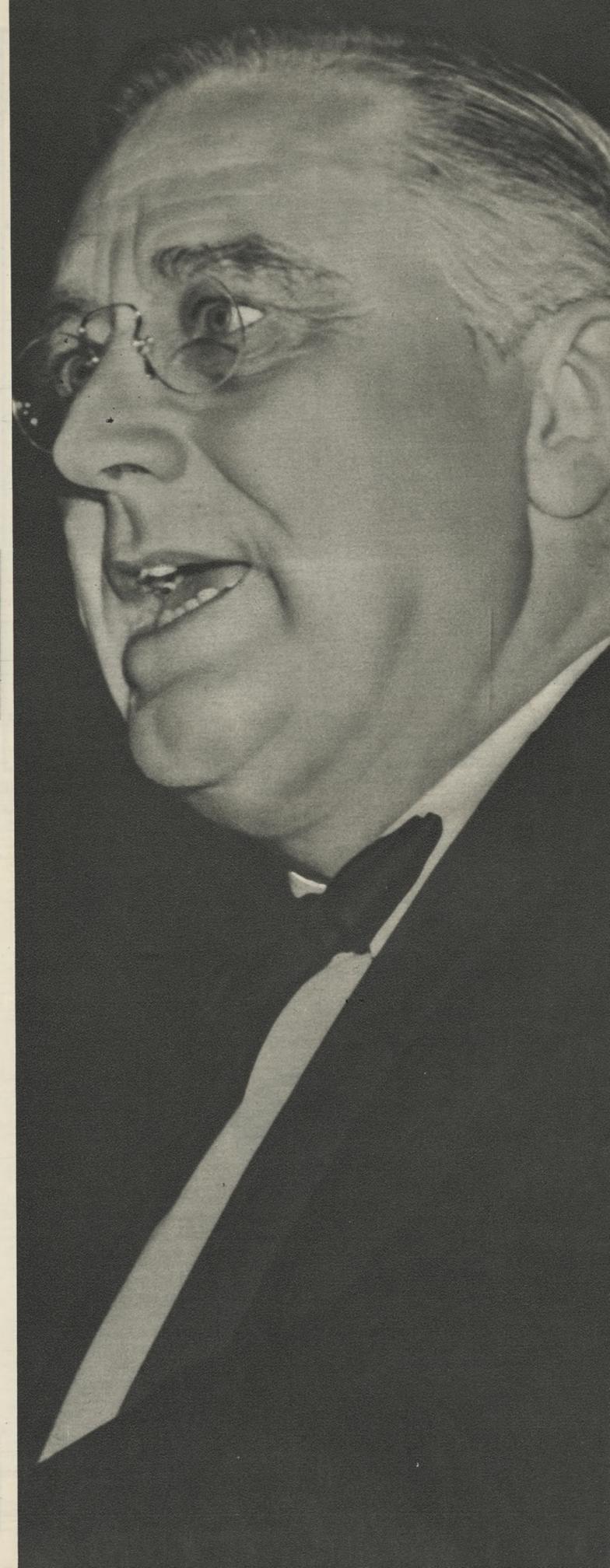
No vamos a reprocharle a Roosevelt la nobleza y humanidad de estas ideas. De esta doctrina suya anticolonialista ha quedado el Cuarto Punto de Truman, que ahora está administrando un Rockefeller, y del que se benefician y se beneficiarán muchos países atrasados. Pero los principales beneficiarios del anticolonialismo rooseveltiano han sido, naturalmente, los rusos, que han izado la bandera del «monroismo amarillo» para canalizar hacia el comunismo el espíritu de independencia de los pueblos del Asia, basándose en su tremenda densidad demográfica y en su escasez de recursos. Por algo la norteamericana *Population Reference Bureau* acaba de decir que el principal aliado del comunismo en Asia es *the stork*, la «cigüeña»...

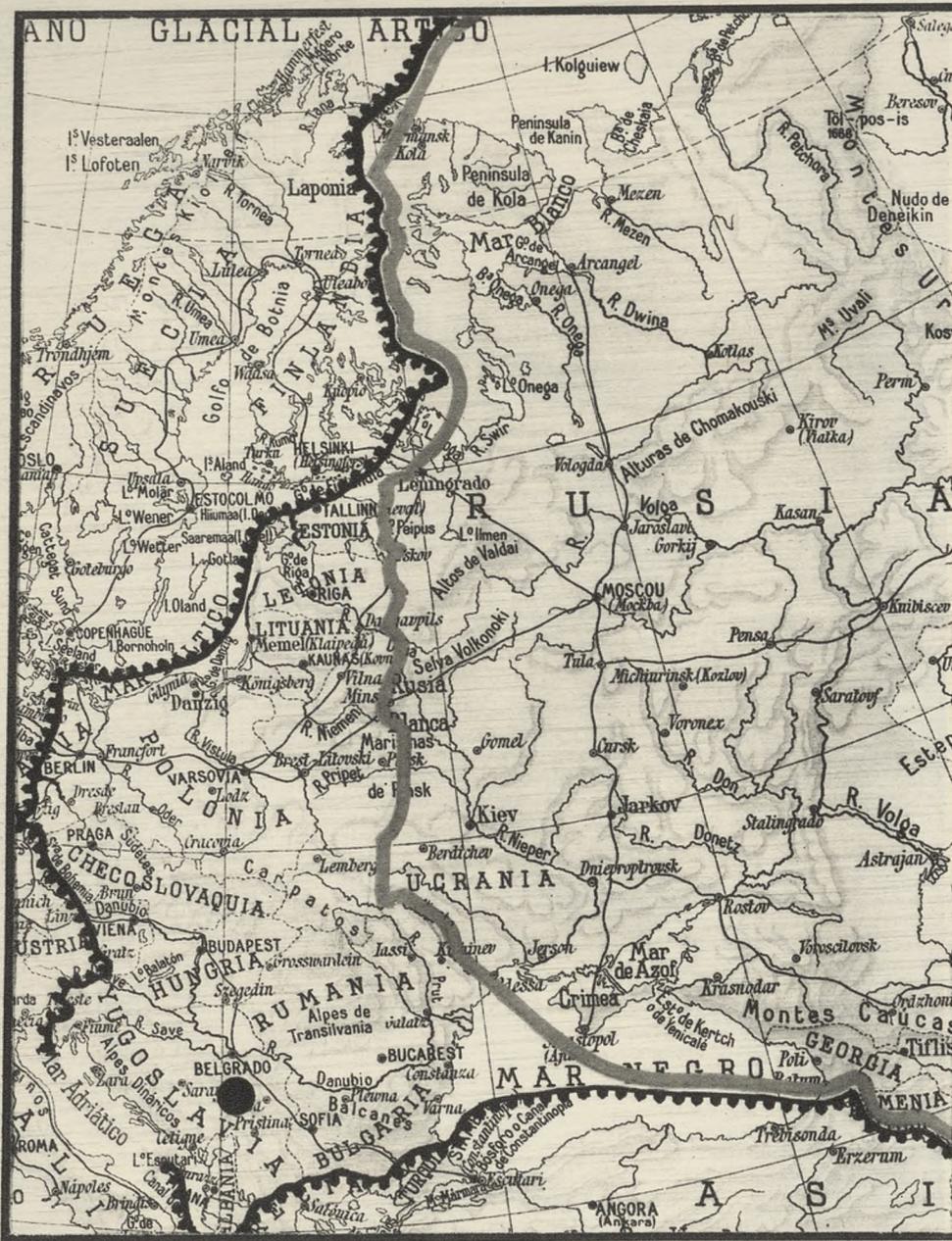
Al abandonar las potencias europeas sus colonias en Asia, han dejado expedito el camino de la dominación a las quintas columnas soviéticas «camufladas» en los nacionalismos amarillos, siendo su signo, paradójicamente, más antinorteamericano que antibritánico o antiholandés, por el sencillo hecho de que los Estados Unidos, por obra y gracia de la propaganda soviética, se han convertido en adalides de la expansión colonial imperialista, cuando en realidad Norteamérica nunca fué una potencia colonial. Este hecho «curioso» ya lo registró Anthony Eden hace algún tiempo, con ocasión de un viaje por el Asia.

3

EL «BAJO VIENTRE DE EUROPA» Y LA MURALLA DEL ATLÁNTICO

EN la conferencia de Quebec se decidió la creación de un segundo frente en Europa. Este segundo frente se iniciaría poniendo una cabeza de puente en Normandía (operación «Overlord»). Churchill consintió, en principio, pero en seguida comenzó a mostrarse inquieto y vacilante. Ya durante la conferencia de El Cairo y después de la de Teherán manifestó que el «Overlord» debería realizarse golpeando en «el bajo vientre de Europa» (los Balcanes), en vez de atacar frontalmente a la Muralla del Atlántico. Churchill temía, en realidad, que los rusos llegasen antes que ellos a Belgrado, Bucarest, Budapest, Viena, Praga y Berlín y que después fuese imposible desalojarlos de allí. El ge-





LIMITES DE LA URSS. EN 1939. TELON DE ACERO: DENTRO, LA URSS., TERRITORIOS ANEXIONADOS Y PAISES SATELITES. ZONAS DE FRICCIÓN

neral Marshall, por el contrario, se ceñía a los acuerdos de Quebec —ataque frontal en Normandía— y Roosevelt apoyó con todas sus fuerzas a su jefe de Estado Mayor...

La consecuencia fué que, efectivamente, los rusos llegaron primero a las capitales del centro de Europa, con los resultados conocidos... En un libro aparecido recientemente en los Estados Unidos, *The man of Independence* («El hombre de Independence», es decir, Truman), se cuenta que el actual Presidente, al ver las consecuencias de la retirada de las tropas norteamericanas que entraron en Praga, exclamó: «Si entonces hubiera sabido lo que hoy sé, esas tropas habrían avanzado hasta las mismas fronteras occidentales de Rusia.» Pero también era demasiado tarde. La obstinación de Roosevelt en contradecir la tesis churchilliana, hizo que el telón de acero avanzase y cayese sobre el corazón de Europa. La desmovilización hizo el resto.



LA «ALMONEDA DE YALTA»

La culminación de todas las concesiones de Roosevelt a la Unión Soviética, ciegamente confiado en Stalin (mucho más que en Churchill), fué la conferencia de Yalta, compendio y resumen de todas las habidas anteriormente. La tesis del que entonces era Secretario de Estado, Edward R. Stettinius, según la cual fueron los soviets los que traicionaron los acuerdos allí adoptados, es absolutamente correcta. Pero como argumento de descargo de las responsabilidades de Roosevelt, no puede ser más endeble. Si los rusos traicionaron los acuerdos de Yalta, fué porque no se hizo nada para evitar esa traición; porque el Presidente, sin tener absolutamente ninguna razón para hacerlo así, confió infantilmente en Stalin. Yalta equivalió a la ratificación y ejecución de los planes expuestos dos años antes en la carta a Zabrowsky. De Yalta salió la Gran Rusia de que hablaba Roosevelt en aquella carta terriblemente inquietante.

En esa conferencia de los Tres Grandes, Maisky obtuvo 10.000 millones de dólares de reparaciones alemanas para Rusia, «en especie». (Como reparaciones se entendía, además, el uso de «mano de obra alemana», gracias a lo cual

millones de alemanes se encuentran todavía en Rusia, en los campos de trabajo.) Los rusos, como consecuencia de las concesiones de Yalta, ampliaron su territorio en cerca de 300.000 millas cuadradas, a costa de Europa y de Extremo Oriente. Dos Republicas Socialistas Soviéticas —Ucrania y Rusia Blanca— fueron admitidas como miembros fundadores de las futuras Naciones Unidas y, a instancias de Stalin, se otorgó el derecho al veto, en el Consejo de Seguridad, a los «grandes», que Rusia ha utilizado, como hemos visto, para hacer prácticamente nula la actividad de las Naciones Unidas.

Finalmente, vino lo más grave de todo: El protocolo secreto, firmado al día siguiente de la terminación oficial de la conferencia, entre Roosevelt y Stalin, por el que los Estados Unidos, a cambio de que Rusia entrase en guerra con el Japón, reconocían a la U. R. S. S. el derecho a posesionarse de las Islas Kuriles, y propugnaba la restauración de los antiguos derechos de Rusia, violados por el traidor ataque del Japón en 1904» (!) (James F. Byrnes, *Hablando con franqueza*, página 52). Esa «restauración» quería decir: devolución a Rusia de la mitad meridional de la isla de Sajalin, internacionalización de Dairen, arriendo de Puerto Arturo y explotación conjunta, por Rusia y China, del Ferrocarril Oriental Chino y Sur-Manchuriano.

Comentando esta «venta» de Extremo Oriente, y principalmente de China, a los rusos (violando las seguridades dadas a Chan-Kai-Chek en El Cairo), escribió Summer Welles en su libro *¿A dónde vamos?* lo siguiente: «Esas condiciones, que harían imposible para una China nuevamente unificada el ejercicio de una plena soberanía sobre Manchuria, son las más discutibles de todas, dada la ausencia de China de la conferencia en que se acordaron.

¿Discutibles? Tal vez lo fueron. Ahora, ya se ha visto —y se está viendo— lo que ocurre en Extremo Oriente, con China, con Corea, con Formosa, con Indochina. Y lo que ocurre en Europa, partida en dos por el telón de acero. El hombre que hizo posible todo esto, no fué Stalin, sino Roosevelt. Tal vez con buenas, pero infantiles intenciones. Sin olvidarnos de que también el infierno está empedrado de buenas intenciones. Sobre su tumba, en Hyde Park, podría ponerse el siguiente epitafio: «Aquí yace un hombre; el único error que no cometió, fué sobrevivir a su obra.»

MANUEL BLANCO TOBIO

EN LA PÁGINA 51 DE ESTE NÚMERO, TEXTO COMPLETO DE LAS CARTAS SOBRE RUSIA Y EL COMUNISMO, CRUZADAS EN EL AÑO 1943, ENTRE EL EMBAJADOR NORTEAMERICANO EN MADRID, CARLTON J. HAYES, Y EL ENTONCES MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES DE ESPAÑA, CONDE DE JORDANA.